

LOS PARADIGMAS DEL PROFESOR UNIVERSITARIO: ÉTICA Y RESPONSABILIDAD ACADÉMICAS

Prof. Dr. Mario Sapag Hagar
Facultad de Ciencias Químicas y Farmacéuticas
Universidad de Chile

Antes de reflexionar sobre las cualidades académicas y éticas que deben distinguir al profesor universitario, es conveniente recordar la situación de París en el medioevo, más específicamente a comienzos del siglo XII, a poco de surgir las primeras universidades.

París era, en ese entonces, el gran centro cultural de Occidente. Los alumnos que recibían las enseñanzas al lado de la Catedral en la Isla de la Cité ya no cabían allí y comenzaron a atravesar el Sena ubicándose primero en el puente y luego en la Rive gauche, la orilla izquierda del río, que pasó a llamarse el Barrio Latino porque en él se hablaba latín, si bien hoy dicho nombre tiene connotaciones más picarescas que académicas. Los estudiantes venían de todas partes de Europa y el latín era la lengua unificadora común. De estar allí en esos tiempos no sólo distinguiríamos, en el hueco que graciosamente formaba el recodo del Sena, un hermoso paisaje de campanarios y torres sino también un ambiente o espíritu de hermandad y de profundo interés por el saber libre, que constituía la admirable atmósfera de la institución universitaria de entonces, atmósfera que, a veces, con nostalgia, nos parece haberse ido perdiendo bajo las inexorables prisas del presente y que convendría meditar en profundidad para no perderla del todo.

Quizás parte de la respuesta a la interrogante que suscita en nosotros, académicos de las postrimerías del s. XX, esa viva inquietud interior de los estudiantes del medioevo esté, a su vez, en la respuesta a esta otra pregunta: ¿Por qué esta aglomeración tan grande de estudiantes que ya no cabían allí tuvieron que mudarse a otro sitio atravesando el Sena? ¿Por qué esta gran afluencia en ese sitio particular de Europa? La causa era la aparición de un notable maestro, un profesor excepcional, Pedro Abelardo, a quien muchos conocen más por el destino trágico de sus amores con Eloísa que por haber sido uno de los más grandes intelectuales de la Edad Media, que dejó una huella imborrable con la introducción de su famosa dialéctica.

Abelardo traía un nuevo método de pensamiento y nuevos contenidos al sugerir la aplicación, hasta sus últimas consecuencias, de la lógica aristo-

télica a la discusión de todo tipo de problemas, no actuando ni pensando según la costumbre en boga sino según la razón. Este maestro singular que entusiasmaba a sus estudiantes con esta renovada luz de la dialéctica, abordaba de paso el problema central del pensamiento medieval, el problema de los universales. El s. XII veía así surgir, junto con él, un ambiente agudo e inquieto, el avance arrollador de un método lógico, poderoso y universal, capaz de penetrar a todas las disciplinas, desde la Filosofía a la Biología, provocando una revolución en el pensamiento creador que atrajo a las mentes más inquietas.

En los escritos de Abelardo, encontramos los cimientos del método de conocimiento racional que marcará para siempre la evolución del pensamiento de Occidente. Pasarían muchos siglos hasta que, al final del siglo XVIII, el Siglo de las Luces, se demostrara, con la herencia de Descartes a la cabeza, el gran poderío de la razón que iluminó, en universidades y academias, no pocos rincones escondidos detrás de pertinaces supersticiones y oscurantismos.

Deliberadamente hemos querido traer este recuerdo histórico de un maestro brillante porque creemos que la alusión a Pedro Abelardo y a una época cautivante de la historia universitaria, rescata una serie de características paradigmáticas que deseáramos ver renovadas y apreciadas en los albores del s. XXI en la Universidad.

Entre ellas, la del maestro docente de acrisolada vocación que es capaz de entusiasmar a sus discípulos; el maestro creador que, con la fuerza de su espíritu, recrea y renueva el mundo y la sociedad de su tiempo; el que busca incesantemente la verdad y la ilumina con su capacidad de crítica y de síntesis, con su probidad intelectual y su talento de líder; el maestro que domina su campo del saber y que comunica y difunde generosamente ese saber; el que transmite a sus discípulos una auténtica escala de valores morales, éticos y sociales, a la par que participa constructivamente en el desarrollo de su universidad la cual concibe, al decir de Alfonso X El Sabio, el autor de las *Cantigas de Santa María*, como una comunidad de maestros y estudiantes dedicados a un estudio integrador. Hoy, debido al imperativo de las especialidades, comienzan a echarse de menos los intelectuales con una visión global y coherente del mundo, según la tenían en este siglo Toynbee, Ortega y Teilhard de Chardin. Una tarea más que con urgencia debemos reclamar de la cátedra universitaria.

Y así podríamos continuar hasta delinear un verdadero decálogo del maestro universitario el cual, sin duda, podría contribuir a derramar más luz sobre ese camino tan difícil de recorrer en el proceso de evaluación de nuestros propios pares y que muchas veces se torna en doloroso ejercicio, incomprendido pero esencial para la vida universitaria.

Sería interesante profundizar estos mandamientos del profesor de Universidad pero contentémonos, por ahora, con reflexionar brevemente sobre

la vigencia de la ética del profesor y de la institución universitaria, así como su responsabilidad social en la preservación y creación de la cultura. Porque las universidades no nacieron sólo como un acontecimiento intelectual al estilo de lo ocurrido con Abelardo y su dialéctica, o como un acontecimiento social e institucional, tal como fue la concepción de *universitas* de Alfonso X El Sabio, es decir, de la totalidad de las personas dedicadas al oficio de enseñar y aprender, sino también como un acontecimiento ético-intelectual, movido por la concepción cristiana-occidental de que se llega al bien de los hombres mediante la creación científico-técnica y artística.

La filosofía griega, a la cual más de una vez se ha aludido como «la sonrisa de la Historia», introdujo el término «Cairón» para referirse al sitio más preciso en que reside la esencia de la persona física o espiritual, aludiendo así al punto exacto, a lo acertado y certero de ella. Por extensión se entiende que no sólo el ser humano posee un punto cairós sino también toda institución u ordenamiento institucional. Destruído su cairón ese cuerpo conceptual no puede subsistir. El cairón de la Universidad es el valor de sus académicos. Su excelencia y ética profesional son cualidades valiosas que debemos preservar y acrecentar para asegurar su subsistencia. Es esa excelencia académica, cualidad lenta y responsablemente madurada, la que se busca evaluar al momento de asignar tareas y responsabilidades crecientes. La titularidad deviene así en una corona de justicia para quien ha competido en buena lid, llegado a la meta y conservada intacta o acrecentada su vocación al servicio de los jóvenes, al saber y a la sociedad.

Sin duda que la Universidad tiene por misión transmitir la gran cultura a través de la enseñanza y desarrollarla por medio de la creación e investigación hasta llegar a hacer coincidir su propio destino con el interés de la colectividad. La Universidad es un indispensable órgano de la vida social y no un apartado lugar donde pueden florecer los intereses de sólo unos pocos individuos, un lugar en que no sólo se genera y transmiten el conocimiento y la cultura sino donde también se abordan los problemas éticos generados por los nuevos y trascendentes desafíos, tales como la gravitación social de las nuevas tecnologías y sus efectos que incluso han traído la incertidumbre y caducidad a las puertas del conocimiento mismo.

El derrumbamiento del Prometeo tecnológico, a cuya sombra se soñó un hombre nuevo, no es debido a la Ciencia y la Técnica en sí, cuyos beneficios y potencialidades son indudables, sino a su desvinculación de las raíces trascendentes del hombre creando el desencanto nihilista del fin de este milenio en que nos definimos por lo que no somos y lo que no queremos. Postmodernidad donde la pérdida de valores pasa a ser natural y la inexistencia de la ética es vista como cuando un día se sucede a otro, en que el mercado ha mostrado tal eficacia deslumbradora que algunos lo han elevado al rango de ídolo al que ofrecen sacrificios, a veces humanos (J. Schaerer).

La Universidad que no acoge al humanismo en todos sus ámbitos y que se reduce a un conjunto de escuelas profesionales deja de ser Universidad y pierde aquella función que la define históricamente en su esencia humanista como creadora y depositaria integral del conocimiento, la cultura y el progreso social del hombre, capaz de influir vitalmente en la sociedad a la altura de los tiempos en que ésta vive. Esto hace ineludible recrear en todas las facultades universitarias la enseñanza del humanismo y de la cultura entendida como aquel sistema de ideas vivas que el tiempo posee y desde las cuales el tiempo vive (Ortega). Esto es lo que relaciona el espíritu de los hombres y sus deberes en su doble vertiente científico-técnica y humanística. La cultura es para que la Humanidad sea lo que siempre ha sido, una expresión de los anhelos trascendentes del hombre, una declaración de amor a su propia humanidad y capacidad, no un mero instrumento para el progreso técnico ni para multiplicar el bienestar material y, si hay alguien que pueda secretamente pensar que la cultura es un lujo, tal vez debiera más bien pensar que la misma Humanidad es un lujo de la naturaleza. La Universidad no sólo crea cultura sino que, al igual que toda la Nación, vive de ella.

El compromiso primario de la Universidad es con el hombre y su cultura. Es un imperativo ético como institución. En la Universidad y específicamente en sus académicos, recae gran parte de esa responsabilidad. Asumámosla.

El Cairón o punto vital de la subsistencia de la Universidad ética y social es, decíamos, su cuerpo académico. Pero también el académico posee un punto cairós del mismo tenor ético que el de su institución universitaria. Porque ¿cómo podrán los académicos contribuir a la solución de los problemas éticos y culturales planteados por nuestro tiempo si no les exigimos fidelidad vocacional, ética, excelencia académica, voluntad de autoperfeccionamiento y servicio a su comunidad? Paralela a la exigencia de una ética institucional al servicio del hombre, debe existir, pues, una ética personal que asegure un constante crecimiento y actualización del académico. Algunos no buscan crear o enseñar con idoneidad, sino medrar a costa de otros o de la Institución, o monopolizar espacios y medios frente a angustiosas necesidades de otros, mostrando así una patética falta de desarrollo en extensión y profundidad de nuestra ética académica. Tanto la evaluación académica como la calificación académica son valiosos e intransables instrumentos que, bien utilizados, permiten ir poniendo remedio donde corresponde.

Los profesores universitarios podemos, debemos, y nos vendría muy bien ponernos a la altura de los mejores en integridad académica y profesional. Todos podemos contribuir a ello. Hay que exigir con justicia y con insistencia. Exigir autenticidad; exigir rendimiento; exigir que los intereses personales que se opongan al bien común cedan al bien común. Exigir a los demás en cuanto esté a nuestro alcance y, ante todo, exigirnos a nosotros mismos (A. Sols). Así defenderemos a la Universidad y al país de la mediocri-

dad, mediocridad del alma, mediocridad de ideas, mediocridad de acción. Debemos luchar contra ella en nosotros mismos. El cargo de maestro de juventudes obliga a una vida de excepción y reclama, paralelamente de la sociedad, una dignificación y retribución adecuadas para su cumplimiento pues, para el profesor con vocación verdadera, su riqueza, su obra, es indefectiblemente de todos. Su creatividad y apostolado docente vienen a ser la forma más pura y patética de la generosidad, aquella engendrada en la renuncia de sí mismo y en sacrificios y privaciones las más de las veces inconfesados. ¿Podemos acaso negar que en cualquier homenaje a los mejores hay mucho de desagravio y contrición?

Concluimos, pues, que toda consideración de la ética y responsabilidad académicas desemboca en la preocupación y responsabilidad personal por crecer interiormente para servir a los demás.

Unos meses antes de morir, en 1984, Michel Foucault dedicó algunas horas de sus clases a comentar las últimas palabras de Sócrates, llegadas hasta nosotros a través de la Apología que Platón hiciera de su maestro. Lo hizo en el seno de una reflexión más amplia sobre la constitución del sujeto moral en la Antigüedad Clásica.

Platón se propone mostrar la verdadera realidad del maestro, aquel hombre excepcional que había despertado en él la vida superior del espíritu. Para conseguirlo, él mismo le prestaría el magisterio de su palabra rebotante de dramatismo. Así surgió la Apología, esta Carta Magna de la dignidad humana, verdadero breviario de la independencia del hombre libre. Las últimas recomendaciones que hace Sócrates al final de la Apología, que bien podría denominarse su testamento, es que nos preocupemos más de la vida interior de nosotros mismos que de la materialidad exterior: «cuando mis hijos sean mayores —dice Sócrates— reprendedlos como yo hice con vosotros si se ocupan más del dinero que de la virtud, más de los bienes materiales que de sí mismos». Pues bien, Foucault sostiene que es este imperativo de la «epimeleia eautou» o sea el «preocúpate de ti mismo, de tu alma» el que constituye la pieza clave de la propuesta socrático-platónica, más que la del famoso «conócete a ti mismo». Este imperativo tiene, pues, una finalidad ética: la de constituirse en un sujeto moral a través del entrenamiento interior o serie de condiciones espirituales que hace al sujeto apto para poseer y decir la verdad, la misma que, a decir de Pablo, nos hará libres, constituyéndose en un ejemplo válido de vida para sus discípulos.

De esta manera y hasta el último momento, el mensaje de Sócrates, aquel que mostró en la admirable concordancia de su vida y sus palabras, es que hay que construirse la vida preocupándose más por la primacía de los bienes del espíritu que de los materiales, de tal modo que toda la vida sea un constante ejercicio de modelación de uno mismo, una vida auténtica en la que la verdad resplandezca.

El ideal del sabio griego, de vida verdadera y no disimulada, con su propuesta de vivir la vida incorruptible, la del espíritu, permite vislumbrar la eternidad, tan cara al vivir universitario en la vida terrena misma.

La cultura helénica fue, sin duda, un grandioso caminar del hombre hacia la verdad de sí mismo, hacia la esencia de su ser. ¡Cómo no recordar a Ulises, su gran arquetipo, el héroe eterno de la Odisea en busca de su mundo interior! Durante diez años debe vagar desafiando los riesgos que obstruyen su reencuentro con Penélope en su tierra natal de Itaca. Es la eterna búsqueda del ideal personal. Mucho más de diez años les lleva a los auténticos académicos llegar a la cúspide académica con su ideal personal, el de posesión de la excelencia espiritual. Ellos, al igual que Ulises, no están hechos para buscar refugio, sino para vagar con el viento de la inquietud interior, única fuerza capaz de movilizar las aspas del actuar y saber superiores.

Hoy como ayer, se habla de crisis en todo tipo de actividades humanas, no resultando raro que se escuchen también voces sobre la «crisis de la Universidad». Esta última no es, en verdad, una auténtica crisis sino, más bien, una progresiva pérdida de su identidad y unidad, una multitud de problemas y frustraciones cuyas soluciones inmediatas y fáciles no existen porque exigen no sólo más trabajo, decisión y excelencia académica, sino también más ética y autenticidad interior, más fe en nosotros mismos y en la propia institución. Sí, creemos en un ideal universitario, en un ético renacimiento interior basado no sólo en la ciencia, la técnica, el arte y el buen uso de los recursos económicos, sino también en la bien cumplida y generosa vida universitaria de todos los días y de todos los hombres, comprometida con el alma misma de la Universidad. En un redescubrir los bienes del espíritu que la hicieron grande, como cuando los pueblos latinos hallaron, bajo los escombros todavía humeantes de una civilización aparentemente muerta, el maravilloso mundo helénico, tan hermoso y palpitante aún.

Cantemos, pues, con Ovidio, Marcial, Horacio y Juvenal, no sólo loas a la belleza del espíritu, sino también a las virtudes de los auténticos académicos, aquellos seres tenaces, inteligentes y generosos que han construido y continúan construyendo el esperanzador mundo de la Universidad.

BIBLIOGRAFÍA

- LAÍN ENTRALGO, P. *Ciencia, Técnica y Medicina*. Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- LARRAURI, M. *La vida eterna*, Revista de Filosofía, 9:(16) 73-84.
- ORTEGA Y GASSET, J. *Misión de la Universidad*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- PERNOUD, R. *Eloísa y Abelardo*. Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1973.
- PLATÓN. *Apología de Sócrates*. Santiago, Editorial Universitaria, 1989.
- SAPAG HAGAR, M. *Ciencia, Técnica y Humanismo: Reflexiones Farmacéuticas*, Farmacia Sudamericana, 3 (2) 7-12.
- SOLS GARCÍA, A. *Ética Científica y Social*. Atlántida, 3 (17) 1-3, 1965.